

animales; á los que atienden al ajeno ó futuro, los denomina *morales*; esto, como hemos visto ya, es inexacto y hasta falso; pero ¿qué es lo que ha dado ocasión al error? es, sin duda, el carácter de sublime moralidad que consigo lleva la abnegación y el desprendimiento.

No creemos que el Sr. Cubí tenga nada que objetar á lo que acabamos de exponer; esperamos que abundará en los mismos principios; porque no podemos persuadirnos que profese doctrinas que tiendan á quebrantar el vuelo del espíritu y á sufocar los más nobles sentimientos del corazón.

Otro día proseguiremos nuestra tarea, escribiendo sobre la Frenología el tercero y último artículo.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

No siendo fácil proporcionarse ejemplares de un escrito sobre el Celibato del Clero Católico, publicado por el autor de esta *Revista* en 1839, y sabiéndose que algunos señores suscritores desearían su lectura, se inserta á continuación, tal como en aquella época salió á luz en el periódico de Madrid, que había publicado una especie de programa invitando á discutir la importante cuestión sobre las ventajas religiosas, morales y políticas de dicho celibato.

REFLEXIONES SOBRE EL CELIBATO DEL CLERO CATÓLICO

EN PARANGÓN CON LA FACULTAD DE CONTRAER DE LOS PROTESTANTES.

I.

Alzado en Alemania el grito de revolución religiosa, proclamada la libertad de conciencia, hollada la autoridad del Sumo Pontífice, niveladas las jerarquías, y quebrantados enteramente todos los lazos de la disciplina eclesiás-

tica, fácil era prever que, abandonadas las pasiones á la merced de sus violentos impulsos, sacudirían desde luego el molesto freno de una santa austeridad; y que no serían parte á contener sus arrebatos las consideraciones de puro miramiento. Así fué en efecto; y el hombre que se había puesto al frente de la pretendida reforma no tardó en dar tan escandaloso ejemplo, consumando con impudente osadía el nefando atentado de un doble sacrilegio. ¡Baldón eterno para la enseña del error y del cisma, que desde el momento de enarbolarse se viera ya rodeada del asqueroso cortejo de la corrupción y del escándalo! Desbordáronse sin freno las pasiones, quitáronse la máscara hipócrita con que se habían encubierto, y tratóse de erigir en doctrina lo que no había sido más que un crimen. Tal es la condición del hombre: las pasiones le arrastran hasta el fango de la corrupción y de la miseria; vuelto en sí se avergüenza de su ignominia; y entonces el orgullo, siempre fecundo en recursos para disculpar un extravío, llamando en su auxilio las cavilaciones de una razón veleidosa y flexible, improvisa un sistema, crea una doctrina, esforzándose de esta manera en sustraer la afrenta del culpable á la severa y penetrante mirada de la virtud y del buen sentido.

A la luz de estas reflexiones, que presentan en toda su desnudez el verdadero origen del matrimonio de los ministros protestantes, debiera de parecer extraño que se haya querido parangonar semejante miseria con la veneranda austeridad del clero católico. Infiérese también de aquí, que á la supresión del celibato entre los ministros protestantes no presidió ningún pensamiento de reforma religiosa, moral ni política; sino que todo fué obra del desfreno de las pasiones, un efecto muy natural de la relajación que debía de introducirse entre los reformados, una vez sacudido el yugo de la autoridad; siendo después muy consecuente el que declamasen con furor contra el celibato del clero católico, por la misma razón que las aguas de una avenida impetuosa se embravecen contra el robusto dique que las embaraza en su precipitada corriente.

Tal vez no sea por demás el haber presentado estas reflexiones antes de entrar de lleno en la materia; no fuera que ciertos miopes, que sobre la palabra de *adocenos escritores*, están acostumbrados á mirar la reforma protestante como un pensamiento generoso y fecundo, que derramó sobre la Europa un inagotable raudal de preciosos beneficios, hubieran también sospechado en el matrimonio de los ministros protestantes alguna idea sublime y misteriosa, que envolvía en su seno el germen de grandes mejoras religiosas, morales y políticas.

Pero entremos en materia: *¿El celibato del clero (prescindiendo de las leyes canónicas y civiles) es más conducente, política, moral y religiosamente al bien de la sociedad, que la facultad de contraer de los protestantes?*

El sacerdote ¿quién es? ¿cuál es su carácter? ¿cuáles son sus funciones? ¿cuál su misión sobre la tierra? Es un medianero entre Dios y los hombres, un encargado de ofrecer al Dios de Majestad el sacrificio y el incienso, de elevar al trono de la infinita Misericordia las oraciones de los mortales, de aplacar la cólera de la Divina Justicia provocada por el crimen, y de recibir de la mano del Eterno las prendas de sus inagotables bondades, para derramarlas en seguida sobre la tierra como un rocío de consuelo y esperanza. Contempladle al ejercer las funciones de su augusto ministerio: rodeado de un pueblo numeroso que humilla compungido su frente ante la majestad del Santo de los Santos, revestido de un ropaje misterioso, en pie sobre la grada del altar resplandeciente, envuelto en la nube aromática que se eleva de sus manos hacia el trono del Eterno, articulan sus labios una palabra de oración, entona con augusta majestad un himno al Dios de Sabaot, levanta con sus manos la Hostia de salud, y presenta á la adoración del pueblo al Cordero sin mancha que borra los pecados del mundo. ¿No eleva vuestra alma aquel espectáculo sublime? ¿no os sentís penetrados de un sentimiento religioso que os humilla ante el Señor de Majestad, y á la vez os inspira un profundo respeto á la

dignidad del ministro? ¿no os place distinguir en el semblante del sacerdote los rasgos de santa austeridad, figurándoos un corazón inundado de bendiciones celestiales, puro como el rayo de la luz, fragante como el aroma del incienso? ¿Si? pues introducid en el cuadro á la mujer, haced que se os ofrezcan los lazos de amor que unen al ministro con hermosura pasajera; y desde aquel momento el cuadro desaparece, el sacerdote se abate, su dignidad se humilla, su gravedad se amengua, su austeridad se relaja: y en aquellos mismos ojos en que poco antes contemplabais conmovidos el divino fuego de un amor celeste, descubriréis un viso de liviana languidez, un reflejo de la llama mundanal que el esposo abriga en su pecho.

Que no debe tacharse, no, semejante razonamiento de idealismo poético, ni apellidarse vana declamación sustituida á la solidez del raciocinio, cuando se ajusta exactamente con la experiencia de cada día, con los sentimientos más indelebles del alma, con las grandes lecciones de la historia, y con el pensar del linaje humano. Es preciso confesarlo: la religión cristiana conoce profundamente el corazón humano, sus pliegues más secretos, sus relaciones más delicadas, sus instintos más misteriosos: todo lo tiene previsto, todo calculado, todo sujeto á una combinación profunda, de manera que bien podría asegurarse que, estudiando una cualquiera de las instituciones religiosas, se estudia á la vez algún arcano del corazón del hombre. Un instinto, una tradición, ó sea lo que fuere, habia enseñado al linaje humano la existencia de una estrecha relación entre la continencia y las funciones religiosas; los antiguos pueblos del Asia, los egipcios, los griegos, los romanos, los chinos, hasta los sectarios de Mahoma, los moradores del Nuevo Continente, en una palabra, cuantos pueblos antiguos y modernos nos han dejado algún recuerdo de sus usos y costumbres, todos han manifestado un misterioso acatamiento ante esa sublime virtud, todos han convenido en mirarla como un aroma precioso, sin cuya exquisita fragancia no podían ser agra-

dables al Eterno las ofrendas presentadas ante su trono por la mano de los mortales. Este es un hecho universal, constante, atestiguado por la historia de todos los pueblos, tiempos y países; y sin duda que por esta causa, y en obsequio de la brevedad á que debe circunscribirse este discurso, se me permitirá el omitir la muchedumbre de citas con que podría llenarlo, aun contando con un caudal de erudición mucho menos que mediano.

Ahora bien: ¿qué enseña este hecho? ¿prueba algo en favor de las ventajas religiosas y morales del celibato del clero católico? Si estuviese aun en su auge la funesta costumbre introducida por los sofistas del siglo xviii de ventilar las cuestiones religiosas, morales y políticas á la sola luz de especiosas teorías, y prescindiendo completamente de la realidad de los hechos, sin duda que mi pregunta podría contar con resueltas y numerosas negativas; y tal vez por haber tenido el linaje humano semejante convicción, se le prodigarán los apodos de iluso é ignorante. Pero felizmente para esa clase de estudios, las ideas se han modificado algún tanto; y aunque sea lamentable que no esté extendida y arraigada cual debiera la importante verdad de que para conocer la religión, la moral y la política, y para deslindar las profundas y delicadas relaciones que las enlazan entre sí y con el corazón del hombre, no basta soñar en un gabinete, sino que es preciso, indispensable, escuchar, consultar, analizar las grandes lecciones de la historia y del tiempo; sin embargo, también se ha de confesar que la frívola escuela del siglo xviii cae rápidamente con sus teorías, sus abstracciones y sus nombres; y que empieza á propagarse la saludable convicción de que fuera vano empeño buscar aquel linaje de conocimientos por medio de las cavilaciones de los filósofos; á la manera que nadie estudia ya el mundo físico apoyándose en los sistemas de Descartes, ó en las teorías de Buffon.

Dable será pues alegar con firme confianza en pro de las ventajas religiosas y morales del celibato del clero católi-

co, las convicciones y sentimientos del linaje humano, y el presentar en consecuencia esa institución veneranda como la realización de una idea sublime, de un sentimiento misterioso, que anteriormente al establecimiento del cristianismo, se hallaban ya difundidos por todo el ámbito de la tierra. ¡Cómo es posible que se haya echado en cara al catolicismo el haber pensado y sentido con respecto á la continencia, lo mismo que de antemano pensarán y sintieran todos los pueblos del orbe! ¡El haber erigido en ley universal y constante lo que antes era un sentimiento vago y confuso, expresado en diferentes formas por mil leyes, usos y costumbres! Estaba reservado al catolicismo el acometer tamaña empresa, y el conducirla á cabo con aquella dignidad y sabiduría que corresponde á la religión de Jesucristo. El celibato del clero católico es lo que debía ser la continencia en manos de una religión divina; una continencia austera, sin la barbarie con que la afeaban algunos sacerdotes del paganismo, libre de toda superstición, pura de toda mancha, elevada á una esfera sobrehumana, y sellada con aquel carácter de santidad y pureza, que forma el distintivo de las instituciones católicas. ¿Con qué osadía se ha notado como un lunar del catolicismo uno de sus más bellos adornos, una de las perlas más preciosas que esmaltan su auréola brillante? Que en contra del celibato del clero católico declamaran los corifeos de la reforma, que declamen aun hoy día sus discípulos los ministros, nadie tiene de extraño: los primeros debían de esforzarse para encubrir los vergonzosos motivos de su apostasía, y procurar escudarse en algún modo contra la picante sátira que con tanto desenfado les dirigiera Erasmo; y los segundos, porque es muy natural que miren con aversión y aborrecimiento esa austera institución del catolicismo, que es y será siempre su reprensión más elocuente, y su condenación más severa; pero ¿qué podían encontrar en el celibato del clero católico esos declamadores apellidados *filósofos*, que se preciaban de observadores imparciales, y con cuya regla de vida nada tenía que ver el celiba-

to del clero? ¡Ah! No es difícil atinarlo; es que en él veían un muro de bronce contra la corrupción de costumbres del clero, un baluarte de la pureza de la moral y de la severidad de la disciplina, un elemento de respeto y veneración hacia el sacerdocio, un abundante manantial de ventajas religiosas y morales para todos los pueblos que cobija en su seno la Esposa de Jesucristo.

II.

Pero ¿cuál es el origen, cuál el fundamento de esa íntima relación que existe entre la continencia y el ministerio religioso? Reflexionemos sobre ello un momento. Por más que las pasiones del hombre tengan entre sí muchos puntos de semejanza en su origen, tendencia y desarrollo, difieren sin embargo en gran manera, no precisamente por la naturaleza de las acciones á que inducen, sino por el modo particular y característico con que afecta cada una el corazón, por aquella fisonomía, digámoslo así, que cada una comunica al hombre; resultando de aquí que aun en igual grado de culpabilidad de las acciones, es muy diferente el aspecto con que se presenta á sus semejantes el hombre que de ellas se halla dominado, y de consiguiente que es muy diverso el influjo que sobre ellos puede ejercer en la variedad de posiciones sociales en que pueda colocarle su destino. Unas elevan el ánimo, otras le abaten; esta comunica al espíritu vigor y energía, aquella le enerva y enflaquece; tal ensancha el corazón y enardece su fuego, tal otra le apoca, le estrecha, y como que ahoga todo germen de sentimientos generosos; en una palabra, todas presentan caracteres tan distintos, cuanto es su número, su combinación, sus relaciones y circunstancias. No sería difícil el hacer de esta verdad numerosas aplicaciones, y tal vez no dejaría de ser interesante un cuadro en que se viera, con respecto al individuo y á la sociedad, el complicado juego de tan varios y poderosos resortes. Mas como quiera que el solo bosquejo de semejante traba-

jo excedería los límites á que debe ceñirse este discurso, será preciso contentarse con un solo punto de vista y comparación, con cuyo medio, á más de llenarse lo principal del objeto, no se traspasarán los lindes prefijados al escrito.

Funestas como son á la moral y felicidad del individuo, y fatales no pocas veces al sosiego y bienestar de la sociedad, la ambición y el anhelo de la gloria, ejercen no obstante sobre el corazón del hombre un mágico influjo, que agranda sus ideas, ensancha sus planes, multiplica su actividad y osadía, é inspirándole á menudo grandiosos proyectos, le hace capaz de sostener los trabajos más penosos, y de acometer impávido las más arriesgadas empresas. El amor, fiebre ardorosa cuando carece del objeto amado, pueril cuando le posee, frágil y mudable como la hermosura que idolatra, inspira al corazón del hombre la veleidad y la inconstancia, debilita su vigor, afloja su energía, y absorbiendo en liviano sueño todas las potencias, echa á perder con frecuencia el más exquisito temple de alma. El hombre que trabaja por adquirir un nombre ilustre, ó que abriéndose paso por entre la obscura muchedumbre se esfuerza por ocupar un alto destino, marcha tal vez por el sendero de la violencia y del crimen, y deja en pos de sí un reguero de sangre y de lágrimas: es verdad: pero hácelo al menos con la cerviz erguida, con el orgullo en la frente, afligiendo á las personas juiciosas con el amargo pesar de ver extraviadas de un modo lamentable grandes calidades dignas de mejor objeto, é inspirando á los demás hombres ora la admiración y entusiasmo, tal vez el terror y el odio; mas no la burladora sonrisa, no la indiferencia y el desprecio. El amante, olvidado de sí mismo, sin más objeto que su ídolo, sin más dicha que el placer, se arrastra con abatimiento y languidez á merced de los caprichos de la belleza que adora; y como que prefiere á cuanto hay de brillante, grande y estimable sobre la tierra los hechiceros halagos de obscuridad voluptuosa, sólo ofrece á sus semejantes la imagen de la abyección y

debilidad; sólo les inspira una compasión estéril, si no es que con sus gemebundos plañidos no provoqué de vez en cuando la picante sátira del gracejo, ó la penetrante malignidad de mirada burlona. Y he aquí la causa por qué están reñidos con esa pasión muelle y enervante todos aquellos cargos cuyos objetos sean algo de arduo, de grave é importante: he aquí por qué ha sido necesario levantar una robusta valla, un muro de bronce entre sus halagos seductores y las funciones religiosas. ¿Y qué? ¿hay acaso algo en el mundo que demande más elevación de ideas, mayor pureza de corazón; más gravedad de carácter, y más circunspección, dignidad y rectitud en toda clase de procedimientos?

Pero bien, se me dirá, si el sacerdote fuera un ángel, si en su pecho no hirvieran las pasiones como en el pecho de los demás hombres, estaría muy puesto en su lugar cuanto se acaba de aducir en favor del celibato; pero el sacerdote es un hombre, y si no dais al fuego de sus pasiones un respiradero legítimo, provocaréis una explosión criminal; cuando creeréis haberle levantado al nivel de la perfección, le veréis precipitarse por la carrera de la corrupción y del escándalo. Objeción especiosa sin duda por imitar el circunspecto lenguaje de la prudencia y buen sentido; pero que es muy fácil disipar con abundantes y robustas reflexiones, y que sobre todo se desvanece en humo con el concluyente testimonio de los hechos.

Si el matrimonio del clero fuera un saludable y precioso desahogo, si el celibato católico fuera una comprensión imprudente y peligrosa, obrando de continuo estas dos causas, la primera sobre el clero protestante, y la segunda sobre el católico; se habría establecido entre la conducta de ambos un terrible desnivel, quedando incalculable ventaja á favor de los ministros protestantes. Ahora bien, ¿existe el desnivel? Sí, y muy grande; pero es todo á favor del clero católico. Diganlo si no cuantos hayan viajado por los países protestantes, ellos que habrán sido testigos oculares de la poca estimación en que son tenidos por sus

pueblos, de la indiferencia y hasta desprecio con que son mirados en todas partes: y dígalo ese respeto, esa veneración con que es obsequiado por los católicos el clero católico; y eso á pesar de los inauditos esfuerzos que de un siglo á esta parte se están empleando á porfía por desconceptuarle y envilecerle. Aun hay más, y sobre este hecho, aunque muy sabido, llamo muy particularmente la atención de mis lectores. Cuando la terrible explosión de la revolución francesa dispersó por toda Europa á los ministros católicos, una porción considerable de ellos buscaron en Inglaterra un asilo contra el furor que los perseguía en su patria. No era seguramente la Inglaterra un país en que se hubiese calumniado á medias al clero católico; presentáronse allí los sacerdotes emigrados: ¿y qué sucedió? Sucedió lo que sucederá siempre cuando las declamaciones se sujeten á la piedra de toque de los hechos: admiraron los ingleses la santa gravedad, la intachable pureza de aquellos sacerdotes que habían visto retratados con tan negros colores; y, á pesar de la extrema suspicacia de los habitantes de aquel país con respecto á los célibes, se estableció en favor de los sacerdotes católicos la honrosa excepción de franquearles libre entrada en las casas, y de permitirles con entera confianza la comunicación con las esposas y las hijas. ¿Dónde están pues los funestos resultados del celibato del clero católico, cuando en país extranjero, á la sola vista de sus virtudes, se disipan preocupaciones tan arraigadas, se acallan resentimientos tan inveterados y nutridos, y se tranquiliza completamente la delicada suspicacia de sus mayores adversarios?

III.

Quando las cuestiones se sacan de su verdadero terreno se miran bajo un punto de vista falso; y cuando en la resolución de un problema se hace abstracción de ciertos datos que están por necesidad embebidos en su naturaleza, en vez de dar en el blanco de la cuestión, no se hace otra

cosa que derramar vaciedades y desaciertos. El celibato del clero católico cuenta por principales adversarios á aquella clase de filósofos que no conocen otra basa de la moral que el interés privado, y que desprecian como vana ilusión á cuantos otros agentes se quiera atribuir influjo sobre el corazón humano. Mirados bajo este punto de vista la sociedad y el individuo, reguladas por esta norma las conductas privadas, basadas sobre este cimiento las leyes, sin más influjo sobre el corazón que los alicientes de los goces materiales, ó el temor de penas pasajeras, sin más freno para la violencia de las pasiones que los consejos de una razón estéril y helada, ó la flaca contextura de una legislación, obra de combinaciones puramente humanas, en teniendo que luchar con aquellas pasiones que por la naturaleza de la mayor parte de sus extravíos están fuera del alcance de las leyes del hombre, si no dan por imposible el contenerlas, apelan á vanos paliativos, á remedios ineficaces, á desahogos, á condescendencias funestas: y, en medio de la impotencia y nulidad de sus medios, culpan de vana temeridad las severas disposiciones de una legislación sabia y profunda. ¿Quiérese una confirmación de la ligereza con que se ha echado en cara al catolicismo la austeridad de sus instituciones en materia de celibato? Recordaré pues un hecho reciente, público, ruidoso, ya que por su estrecha relación con la materia que nos ocupa no podría omitirse sin dejar un considerable vacío. ¿Qué no se había dicho, cuánto no se había declamado antes de la revolución francesa sobre la austeridad de vida de las vírgenes consagradas á Dios, de las pretendidas víctimas del claustro? Estalló la revolución, cayeron de repente al suelo las puertas de los pretendidos calabozos; ¿y qué sucedió? Dígalo la nación francesa: cuando muchas se hallaban todavía en la edad lozana en que la naturaleza no ha perdido aun su hermosura, las ilusiones su brillo y el placer sus hechizos, ¿viéronse acaso aquellos escándalos que con tanta impudencia se prometieran la impiedad y la malicia? Fieles á la santidad de sus votos, sordas

á las seducciones de un mundo que las brindara con la dorada copa, retroceden horrorizadas á la sola vista del peligro, y cubriendo sus rostros virginales con el velo misterioso, corren á llorar en soledad los extravíos de aquella generación delincuente. Pero ¿á qué citar países extraños? En España ¿no hemos visto nosotros á esas vírgenes heroicas arrostrar generosamente la estrechez, y hasta la miseria, antes que abandonar aquel asilo de soledad y de penosas privaciones? ¿No las hemos visto conservarse en sus retiros corriendo gravísimos peligros sus vidas inocentes, cuando desde la obscuridad de los ángulos del claustro oían la confusa gritería de los asesinos, veían el siniestro reflejo de la tea incendiaria, y llegaba hasta sus oídos el estruendo de los aceros homicidas? ¿Dónde está pues la opresión, dónde la violencia, dónde la imprevisión del catolicismo, dónde los funestos resultados de sus instituciones severas?

Quando se quieren examinar las leyes más santas y sublimes al través de un prisma ennegrecido por la corrupción y los placeres; cuando no se cuenta con otros medios de acción sobre el corazón del hombre que el aliciente de los goces voluptuosos, ó el temor de padecer momentáneos, nada extraño es que no se comprenda una palabra de esa profunda legislación, grandiosa en su plan, prudente en sus detalles, fuerte sin violencia, suave sin relajación, sólida, estable y permanente para resistir á los embates de las pasiones y trastornos, como á la acción roedora de los siglos.

La religión de Jesucristo, como emanada del seno de Aquel en cuyas manos están los corazones de los mortales, se dirige en derechura al corazón, le ocupa, le ablanda, le señorea; y como ejerce sobre todos sus resortes un impulso inmenso, le impera sin vacilar las acciones más difíciles, le exige los sacrificios más arduos y penosos; y si tal vez trata de condescender algún tanto á la flaca condición del hombre, no es doblegándose al gusto de las pasiones, nó relajando la severidad de sus leyes, ni amanci-

llando la pureza de su doctrina, sino que tiene á la mano una infinidad de recursos con que endulza las más agrias austeridades, siembra flores celestiales en los más ásperos caminos, é inunda las angustias del corazón con balsámicos lenitivos de amor, de consuelo y esperanza. Enlazando el tiempo con la eternidad, la vida con la muerte, las sonrisas de la cuna con el llanto del sepulcro; sorprendiendo al hombre en medio de su frívola alegría y de sus placeres livianos, vierte en la copa de los goces una gota de saludable amargura, levanta el engañoso velo que encubre la nada de las cosas humanas. recuerda de continuo al mortal la eternidad de su destino, mostrándole con severa mano el polvo de su ser y la lobreguez de la tumba. ¡Cadena misteriosa que une la tierra con el cielo! ¡Digna obra de la omnipotente palabra que crió la luz, que estableció la armonía del firmamento, y que asentó sobre su basa los cimientos de la tierra!

IV.

Cuantos han impugnado el celibato del clero católico se han manifestado muy ligeros en el estudio de la religión, y mostrado conocer muy poco su verdadero espíritu y sus más naturales y espontáneas tendencias. A no ser así, habrían confesado al menos que el catolicismo en el establecimiento del celibato del clero ha sido muy consecuente, y que ha planteado una institución que no podía menos de brotar en su seno. Es esto tan cierto, que aun cuando se supusiera abolido el celibato del clero, en floreciendo algún tanto la religión, volvería á presentarse desde luego bajo la forma de costumbre venerable; permaneciera más ó menos en aquel estado, pero puede asegurarse que al cabo de cierto tiempo se colocaría de nuevo en la esfera de las leyes.

Desenvolvamos este pensamiento. Cuando una institución tiene en sí misma un poderoso elemento de vida la comunica sin cesar á cuantos gérmenes se abriga en su

seno, y si tal vez deja á la acción de largo tiempo el desenvolverlos completamente, no obstante, si la institución matriz es bastante robusta, nunca deja de llevarlos á completa sazón y desarrollo. Distinguese muy particularmente por este carácter la religión católica, la que, aun mirada bajo un punto de vista meramente humano, es sin disputa la obra más robusta que se ha visto sobre la tierra. Así es que cuantos elementos lleva en su seno, tarde ó temprano llega á desenvolverlos, sin que puedan jamás impedirselo, ni los planes y pasiones de los hombres, ni la confusión y el trastorno de los siglos. Como el espíritu de esa religión divina es de sublime elevación á Dios, y por consiguiente de completa abstracción de las afecciones terrenas, tiene por su misma naturaleza una fuerte tendencia á la vida continente; y si bien ha dejado el ejercicio de esta virtud en los límites de puro consejo, la ha siempre distinguido con particular predilección, y mirádola como una de las bellas azucenas que orlan la hermosa frente de la perfección cristiana. Y es muy de notar, que siempre, por donde quiera que esa hija del cielo haya fijado su pisada, se ha visto brotar esa virtud como una flor olorosa que naciera al solo contacto de su planta, y que marcara con aromáticos perfumes el sendero de su huella vivificante. Nada han podido contra su acción poderosa, ni la corrupción más arraigada, ni el clima más rebelde; por manera que allí mismo se admiraron los más inauditos ejemplos de austera continencia, en donde se habían combinado más eficaces causas para la molición del corazón y la corrupción de costumbres.

Asentada esta verdad de hecho, preguntaré ahora: si era posible que el clero, esa porción predilecta y escogida, que por razón de su augusto ministerio debía de sentir más de cerca todo linaje de influencias religiosas, pudiera desentenderse de esa tendencia tan marcada que manifestaba el cristianismo, y si no era imposible que con tan irresistible impulso dejasen de enlazarse de un modo inseparable la continencia y el sacerdocio. ¿Cómo era dable que se ocul-